

Anticlericalismo y movilización política en Aragón (1898-1936)

M.ª Pilar Salomón Chéliz *

Universidad de Valencia

En un reciente balance historiográfico sobre el anticlericalismo, Manuel Pérez Ledesma resalta que los estudios sobre la cuestión atribuyen una gran «importancia a las causas políticas a la hora de explicar el anticlericalismo español contemporáneo». Como ya hiciera hace unos años R. Remond para el caso francés, sitúa en el «terreno de la lucha por el poder» las claves de una interpretación global sobre el anticlericalismo español. Fueron precisamente los momentos de crisis política los que brindaron al anticlericalismo la oportunidad de pasar de las críticas al clericalismo a las acciones contra el clero y la Iglesia ¹.

El desarrollo del anticlericalismo en el primer tercio del siglo XX ejemplifica de forma paradigmática esta conclusión. En la crisis abierta del sistema de la Restauración tras la derrota del 98, la convicción cada vez más extendida entre la población de que la Iglesia había tenido un papel decisivo en el conflicto colonial y en el «desastre» la erigió en blanco predilecto de las críticas contra el régimen de la Restauración, del que era uno de sus pilares fundamentales. El anticlericalismo se convirtió así en un elemento clave de la vida política española de la primera década del siglo XX y sus efectos se dejaron

* La autora participa en el proyecto de investigación PB98/150:3.

¹ M. PÉREZ LEDESMA, «Teoría e historia: Los estudios sobre el anticlericalismo en la España contemporánea», ponencia presentada al Encuentro *Laicismo y secularización en la España contemporánea* (Santander, noviembre de 2000, de próxima publicación), de donde proceden las comillas. R. REMOND, *L'anticléricisme en France. De 1815 à nos jours*, Bruxelles, Editions Complexe, 1985, pp. 4-15.

sentir tanto en los debates parlamentarios y en la política gubernamental como en la movilización popular.

Desde 1914, sin embargo, el anticlericalismo dejó de tener relevancia en el debate público, a pesar de que los problemas planteados en torno a la cuestión religiosa continuaban irresueltos. Con todo, el anticlericalismo no desapareció. Se replegó en los medios republicanos y obreros donde siguió consolidándose como una de sus señas de identidad. La proclamación de la II República abrió una nueva oportunidad política para que las ideas y actitudes anticlericales trascendieran de nuevo al ámbito público. Con la llegada al poder de los partidarios del anticlericalismo parecía más factible que nunca la posibilidad de implantar las medidas secularizadoras anheladas desde hacía décadas por ellos. Pero el anticlericalismo desbordó los marcos parlamentario y gubernamental y volvió a convertirse en un elemento de movilización política.

¿Cómo se desarrolló la movilización anticlerical en los dos momentos históricos en que ésta se hizo más palpable? ¿Qué formas adoptó? ¿Qué peculiaridades presentó en cada período? Estas preguntas guían el contenido del presente artículo que analiza la movilización política anticlerical en Aragón en la primera década del siglo xx y en los años de la II República hasta la sublevación militar de julio de 1936.

1. Movilización anticlerical en Aragón durante la primera década del siglo xx: subordinación a los intereses políticos del republicanismo

A diferencia del siglo XIX, el anticlericalismo en el primer tercio del xx se desarrolló en un nuevo escenario político en el que las masas cobraron cada vez mayor importancia. Aunque el sufragio universal masculino fue aprobado en 1890, la rígida alternancia gubernamental garantizada por el sistema de la Restauración limitó la trascendencia de la incorporación de la población a la vida política. Sólo cuando se hizo evidente la debilidad del régimen tras el «desastre» del 98, sus adversarios republicanos comenzaron a plantearse seriamente la movilización política del electorado como la única alternativa viable para acceder al parlamento e implantar la República en un futuro que decían cercano. Del mismo modo, los partidarios de la monarquía -primero los liberales, y luego los conservadores- comenzaron a entrever las posibilidades, pero también las amenazas, que abría la movilización popular para la estabilidad del régimen establecido.

En este escenario político, el anticlericalismo dejó de ser sólo una ideología cuyos partidarios esgrimían para exigir medidas secularizadoras a los sucesivos gobiernos y se convirtió en un instrumento de la movilización política de la población, dada la receptividad que encontraba en amplios sectores sociales.

El Aragón de la primera década del **XX** no fue una excepción al respecto. Los factores de oportunidad política que explican el surgimiento y desarrollo del movimiento anticlerical a nivel nacional tuvieron incidencia también allí². El discurso que señalaba a la Iglesia, y sobre todo a las órdenes religiosas, como causa de la decadencia de España caló en ciertos sectores de la sociedad aragonesa. Prueba de ello fue el inesperado rumbo anticlerical que tomó en Zaragoza la protesta organizada el 26 de junio de 1899 contra la subida de impuestos con la que el gobierno pretendía hacer frente a las obligaciones económicas derivadas de la guerra. El cierre de tiendas convocado por las Cámaras de Comercio desembocó en situaciones de violencia que en ocasiones adquirieron rasgos anticlericales. Entre los concentrados para participar en la manifestación surgió la idea de ir al Pilar a «recoger la espada que en él depositó Polavieja y arrojarla al Ebro o enviarla al propio donante». Aunque luego se abandonó la idea, un sector de la multitud acabó dirigiéndose al colegio de los jesuitas con intenciones violentas cuando finalizó la manifestación³. Ese giro anticlerical hacia algo tan simbólico como la espada de Polavieja depositada ante el Pilar no puede aislarse de las críticas que destacados políticos liberales -Sagasta, Canalejas- y algún conservador -Romero Robledo- habían lanzado contra el gobierno formado por Silvela en marzo de 1889, en el que figuraban Polavieja y Pida! Sus detractores lo tachaban de «vaticanista» y lo presentaban ante la opinión pública como la evidencia de la «amenaza clerical» que se cernía sobre España. Y desde la perspectiva anticlerical no había nada más identificable con dicha amenaza que los jesuitas.

² J. DE LA CUEVA MERINO analiza dichos factores en «Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910», R. CRUZ (ed.), *El anticlericalismo*, AYER, núm. 27, 1997, pp. 102-106. El presente trabajo sigue los planteamientos teóricos de dicho artículo -que aplica los principios explicativos de la acción colectiva al movimiento anticlerical-, en especial los factores de oportunidad política y de movilización de recursos.

³ Además de lanzar piedras contra el edificio, incendiaron la puerta y el fuego se extendió por la planta baja del colegio; *Heraldo de Aragón* (Zaragoza), 27 de junio de 1899, p. 1, de donde proceden las comillas.

Otros acontecimientos puntuales que se suelen señalar para explicar el auge de la protesta anticlerical a comienzos del siglo -**1a** boda de la princesa de Asturias con el hijo del conde de Caselia, un conocido carlista, el juicio del caso Ubao y el estreno de *Electra*- encontraron también amplio eco en la prensa liberal y republicana aragonesa.

La «estrecha vinculación» del movimiento anticlerical con la política de los partidos turnantes de la que habla **1.** de la Cueva se reflejó en Aragón con distintos grados de intensidad, y siempre en función de la evolución del republicanismo aragonés como veremos posteriormente. La prensa republicana alentaba las iniciativas secularizadoras de los gobiernos liberales y denunciaba profusamente aquellas medidas de los conservadores que consideraba clericales. Siguiendo las campañas anticlericales organizadas a nivel nacional, los republicanos solían rubricar ese discurso con la convocatoria de actos -**mítines**, conferencias, manifestaciones- con los que pretendían movilizar a la opinión anticlerical.

Por su parte, las grandes manifestaciones públicas de culto -**e****l** Jubileo de 1901, la peregrinación al Pilar de 1905- se vieron contestadas tanto en la prensa republicana como en la calle. Los actos multitudinarios de culto no eran ajenos al esfuerzo desarrollado por la Iglesia para contrarrestar el auge del anticlericalismo movilizando a los seglares católicos. Las iniciativas que en este sentido impulsó la jerarquía aragonesa no dejaron de tener respuesta desde el bando anticlerical. Como resultado se generó también en Aragón un proceso en el que el comportamiento de cada adversario añadía constantemente leña al fuego del enfrentamiento **4.**

Con todo, la movilización anticlerical de este período en Aragón se vio condicionada fundamentalmente por la actitud que adoptaron los distintos sectores republicanos ante la cuestión. A la hora de aprovechar las oportunidades que la vida local y regional les fue brindando, se hicieron patentes las profundas divergencias que había entre ellos. Al ser el republicanismo el principal agente de la movilización anticlerical, su desarrollo estuvo inseparablemente ligado a la evolución de aquél.

⁴ Sobre la movilización católica en Aragón y sus vinculaciones con la ofensiva anticlerical, véase M.^a P. SALUMÚN, «Anticlericalismo y sociabilidad católica en el tránsito del xix al xx en Aragón», en R. SÁNCHEZ MANTERO (ed.), *En tomo al «98»*, Huelva, Universidad de Huelva, 2000, pp. 503-512.

1.1. *Mítines anticlericales: ¿la movilización anticlerical, elemento de cohesión del republicanismo aragonés?*

Tras los acontecimientos de junio de 1899 en Zaragoza algunos sectores republicanos de la ciudad intentaron promover la movilización anticlerical. Los constantes lamentos de *El Clamor Zaragozano* por la pasividad de la capital aragonesa al respecto apuntan en esa dirección. Aunque la lucha anticlerical parecía ser su única obsesión, dicho periódico subordinaba su inquina anticlerical a la reorganización y fortalecimiento del proyecto republicano. Con ese objetivo impulsó la convocatoria de un mitin de protesta por un crimen acaecido en la catedral de la ciudad, la Seo, en agosto de 1900. En su opinión el mitin debía servir para aunar la protesta de todos los republicanos, por lo que el fracaso de la iniciativa le dio nuevos argumentos para sus críticas sobre la falta de acción anticlerical en la ciudad ⁵.

Sólo cuando estalló la violencia anticlerical a mediados de julio de 1901 con motivo del Jubileo se mostraría *El Clamor* satisfecho y convencido de que los zaragozanos habían despertado por fin de su letargo respondiendo al espíritu liberal que latía en sus venas. Junto con los sucesos de enero de 1902 -relacionados con los anteriores, como veremos más adelante- constituyeron las manifestaciones anticlericales más virulentas que vivió la región durante la primera década del siglo. Curiosamente acontecieron en los años de mayor división entre los republicanos, cuando ni siquiera habían iniciado el proceso de reorganización de sus filas.

En ese contexto de desunión se celebró el 28 de julio de 1901 el primer mitin anticlerical en Aragón, dentro de la campaña desarrollada a nivel nacional con motivo del aniversario de la ley de 1837 sobre la excomunión de los religiosos. De las reuniones preparatorias, impulsadas por la Sociedad de Librepensadores de Zaragoza, se descolgaron algunos grupos republicanos y los Obreros Socialistas. El mitin fue organizado finalmente por los librepensadores, los espiritistas, los ácratas, algunas sociedades obreras y los republicanos federales, muy activos

⁵ *El Clamor Zaragozano* (Zaragoza), 20 y 23 de septiembre de 1900, p. 1; 8 de noviembre de 1900, p. 1, «¡Republicanos, alerta!». El periódico acusaba del crimen a un sacerdote que había logrado eludir la acción de la justicia.

en los sucesos acaecidos pocos días antes durante el Jubileo y en otras iniciativas de cariz anticlerical ⁶.

Las diferentes actitudes que los sectores republicanos mostraron en estos primeros años del siglo preludiaban la tónica de su comportamiento a lo largo de la década. Sus divergencias ante la cuestión les impedirían encontrar en el anticlericalismo un sólido elemento de cohesión. Y fue precisamente en los mítines, una de las formas más típicas de movilización anticlerical a comienzos de siglo, donde se puso manifiesto.

Hasta la campaña nacional contra el nombramiento de Nozaleda para la sede arzobispal de Valencia no volvemos a tener noticia de mítines anticlericales en Aragón. Con el convocado para el 3 de enero de 1904 se iniciaba uno de los años más pródigos de la década en actos de este tipo ⁷. No era ajena a ello la reciente unificación de los republicanos aragoneses en Unión Republicana. De hecho, fue el único año en que la Junta Municipal de Unión Republicana en Zaragoza organizó mítines de signo anticlerical; y éstos fueron los únicos en los que intervinieron sus dirigentes más caracterizados, republicanos moderados que, como Marceliano Isábal, no rechazaban el posibilismo.

Desde la constitución de Unión Republicana en 1903, muchos de los mítines convocados por dicho partido de cara a las elecciones municipales de finales de ese año incorporaron el discurso anticlerical. A juzgar por los resúmenes de la prensa, los asistentes escucharon unas intervenciones más radicales y otras más moderadas, con un claro predominio de estas últimas. En los actos electorales de Unión Republicana se insistía sobre todo en su respeto a la religión, en su lucha contra el clericalismo y las ligas católicas -**que** intervenían por primera vez en la campaña electoral de algunas ciudades importantes como Zaragoza-, y en la necesidad de lograr la separación Iglesia-Estado y la libertad de conciencia, siempre dentro de un respeto estricto a todas las ideas y creencias religiosas. En los mítines exclusivamente anti-

⁶ Los federales fueron los más predispuestos a organizar un mitin de protesta por el crimen de la Seo. Sobre el mitin de julio, *El Clamor Zaragozano*, 11 y 25 de julio de 1901 y 1 de agosto de 1901, p. 2. En abril de 1901, la Asociación de Librepensadores ya había intentado, sin éxito, organizar un mitin anticlerical en la ciudad.

⁷ En ese mitin en el teatro Pignatelli de Zaragoza se protestó por el cautiverio de cuatro mil españoles en Filipinas. Al domingo siguiente, la junta municipal republicana organizó otro contra la designación de Nozaleda. A finales de julio las Juventudes Republicanas convocaron uno contra el Concordato y el clericalismo. A finales de septiembre y comienzos de octubre se volvieron a celebrar mítines contra el Concordato y las órdenes religiosas. En Alagón (Zaragoza) hubo uno en junio.

clericales se oyeron ideas más exaltadas: las consabidas denuncias contra el clericalismo, el nombramiento de Nozaleda, las órdenes religiosas o el Concordato, y la defensa de soluciones radicales como la expulsión de los religiosos o la posibilidad de que la llegada masiva de frailes filipinos pudiera acabar reproduciendo la matanza de clérigos de 1834 -que en Zaragoza adquirió proporciones notables- o Con todo, las conclusiones de los mítines anticlericales fueron siempre políticas: a los gobiernos liberales se les reclamaba la elaboración de una ley de asociaciones semejante a la aprobada en Francia por Waldeck-Rousseau para acabar con el predominio de las órdenes religiosas; a los gobiernos conservadores se les exigía que no firmaran el Concordato con el Vaticano.

A la hora de exponer la estrategia política más conveniente, las diferencias entre los republicanos se hacían más evidentes. Dada la incapacidad demostrada por los liberales para resolver el problema religioso durante sus etapas en el gobierno, muchos republicanos reclamaban que era una labor que les correspondía a ellos. Incluso en un mitin al que se adhirieron los comités liberal y demócrata de la ciudad se escucharon voces a favor de ir solos en la lucha contra el clericalismo si los liberales no se les unían.⁸ Muy distinta era la postura que mantuvo Isábal en ese mitin. Frente a los ultramontanos y reaccionarios, proponía un gran bloque liberal formado por todos los que no querían que España sucumbiera a los pies de Roma.

Esas discrepancias entre los distintos sectores republicanos aragoneses reflejaban la variedad de posiciones ideológicas que ante la cuestión religiosa compartían una perspectiva anticlerical.⁹ Pero dado el predominio de los sectores moderados en esos primeros años del siglo, esas divergencias impidieron que el anticlericalismo se convirtiera en un elemento de cohesión interna del republicanismo en Aragón. En consecuencia, aunque éste recurrió a la movilización política del anticlericalismo, no aprovechó todo su potencial.

No cabe duda de que en ello influyó notablemente la postura de Joaquín Costa, el republicano con más ascendiente en la región. A comienzos de octubre de 1904 en un mitin contra el Concordato, en el que intervino Salmerón, se leyó una carta en la que Costa exponía

⁸ *El Progreso* (Zaragoza), 27 de septiembre de 1904, p. 3.

⁹ M. SUÁREZ CORTINA hace un análisis de los diversos discursos anticlericales de la época en «Anticlericalismo, religión y política en la Restauración», en E. LA PARRA LÓPEZ y M. SUÁREZ CORTINA (eds.), *El anticlericalismo español contemporáneo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 127-185.

que no consideraba lícito atacar a frailes y monjas si no se hacía lo mismo contra los «frailes de levita», es decir, contra el caciquismo y las oligarquías locales y provinciales. Año y medio después, seguía reclamando a los republicanos el mismo coraje movilizador en sus acciones políticas que el que habían demostrado -«con menos motivo», decía- durante las campañas de Nozaleda ¹⁰.

En 1905 las divergencias ideológicas que sobre el anticlericalismo existían entre los republicanos se reflejaron directamente en la movilización política. No hubo mítines propiamente anticlericales, a excepción de alguno convocado en favor de la escuela laica ¹¹. Igualmente significativa resultó la actuación del republicanismo zaragozano ante la peregrinación y coronación de la Virgen del Pilar en mayo de ese año. Aunque los preparativos de la ceremonia radicalizaron el discurso de la prensa republicana, en los días previos *El Progreso*, órgano de Unión Republicana, comenzó a insistir en la necesidad de ser tolerantes; todo -se decía- por el buen nombre de Zaragoza, en beneficio del comercio y de la industria locales y como prueba de la madurez del republicanismo aragonés ¹².

Siguiendo este espíritu, no se convocó ningún acto anticlerical contra la peregrinación. Resulta revelador que tampoco se apelara a la movilización de los espíritus liberales de la ciudad cuando, pocos días antes, el 14 de mayo, se celebró un mitin en protesta por la no apertura de las Cortes. El acto, organizado por la dirección republicana, no tuvo cariz anticlerical y los escasos comentarios sobre la cuestión religiosa fueron muy moderados ¹³.

¹⁰ *El Progreso*, 3 de octubre de 1904, p. 1, y *El Clamor Zaragozano*, 6 de octubre de 1904, pp. 2-3, y 22 de febrero de 1906, p. 1.

¹¹ Al organizado por el Patronato de Escuelas Laicas el 14 de mayo de 1905 no acudió ninguno de los oradores republicanos invitados -entre ellos, Isábal-. Otro mitin, convocado por la Sociedad de Librepensadores de la ciudad en febrero con objeto de protestar por la conducta de algunos concejales republicanos que votaron en contra de la propuesta de un correligionario para subvencionar las escuelas laicas con 5.000 pesetas, no pudo llevarse a cabo por la negativa del ayuntamiento a ceder el local donde se pensaba realizar, según *El Clamor Zaragozano*, 8 de febrero de 1905, p. 1, "Asuntos locales".

¹² Por ejemplo, *El Progreso*, 4 de mayo de 1905, «¡Peregrinación...? ¡Bueno! ¡Coronación...? ¡Que la coronen!».

¹³ *El Progreso*, 14 de mayo de 1905, pp. 1-2. Sólo *El Clamor Zaragozano*, 11 de mayo de 1905, p. 1, proclamó su esperanza en el éxito del acto en aquellos momentos en que se preparaba la peregrinación.

La falta de apoyo por parte del republicanismo oficial aragonés y la crisis en las filas republicanas, relacionada con el progresivo acercamiento de Salmerón a Solidaridad Catalana, se tradujeron en una ausencia de mítines anticlericales y de actos en favor de la escuela laica hasta finales de 1906. En Aragón, la ideología anticlerical, en vez de cimentar la cohesión de los republicanos, contribuyó a acentuar la división, lo que reflejaba tanto la debilidad de los partidos republicanos en la región enfrascados con demasiada frecuencia en rivalidades personales, como el predominio hasta 1906 de los sectores más moderados desde la perspectiva anticlerical ¹⁴.

La crisis de Unión Republicana se saldó en Aragón con el reforzamiento de los sectores próximos al radicalismo. Desde finales de 1906, coincidiendo con la preeminencia lerrouxista en el republicanismo aragonés, se hizo más evidente el recurso al anticlericalismo como elemento de atracción y cohesión de los sectores progresistas de la región en torno al proyecto republicano. Se convocaron de nuevo mítines racionalistas y anticlericales y se puso en marcha alguna iniciativa anticlerical más novedosa ¹⁵.

El Partido Radical heredaría e intensificaría esas prácticas iniciadas durante los primeros años de predominio lerrouxista en el republicanismo aragonés. Pero también trataría de capitalizarlas en su beneficio político, con lo que introduciría un factor de división entre los grupos que integraron desde 1909 la Conjunción Republicano-Socialista. Esa competencia se hizo palpable en los preparativos del mitin que tuvo lugar en Zaragoza el 10 de julio de 1910, organizado en favor de la libertad religiosa y en apoyo de la política anticlerical del gobierno Canalejas. Como colofón al mitin anticlerical, el más importante de los celebrados en esos años en Aragón, se realizó una manifestación encabezada por

¹⁴ Cuando a finales de 1905 la crisis de Unión Republicana era palpable, *El Progreso*, 3 de octubre de 1905, p. 1, Y *El Clamor Zaragozano*, 23 de noviembre de 1905, pp. 1-2, «Con programa», mencionaban las posturas ante el clericalismo como un factor de divergencia dentro del partido.

¹⁵ *El Progreso*, 14 de diciembre de 1906, proponía elaborar un mensaje que se pondría en todas las sedes republicanas, librepensadoras y obreras de la ciudad para que «los amantes de la libertad» estamparan sus firmas, con objeto de remitirlo al cónsul de Francia. Sobre los mítines anticlericales y racionalistas de finales de 1906 y comienzos de 1907, véase *El Progreso*, 6 de octubre de 1906, p. 1; 27 de noviembre de 1906, p. 2; 2 Y 4 de diciembre de 1906, p. 1; 18 de diciembre de 1906, p. 2; 7, 10, 11 Y 13 de enero de 1907; 17 Y 19 de febrero de 1907, p. 1; Y *Heraldo de Aragón*, 18 de marzo de 1907.

los radicales. Al llegar a la sede del Gobierno Civil, fue también un radical, Álvaro de Albornoz, quien hizo entrega al gobernador de las bases aprobadas en el mitin ¹⁶.

Posteriormente todos los mítines anticlericales que tuvieron lugar hasta 1912 estuvieron dirigidos, si no monopolizados, por los radicales. Así ocurrió con el organizado en la Lonja de Zaragoza en conmemoración del aniversario del fusilamiento de Ferrer y Guardia; con el convocado en el Frontón Zaragozano el 18 de junio de 1911 para protestar por la violencia carlista; con el celebrado en Huesca en marzo de 1912, con motivo de un infanticidio por el que fue encarcelado en un principio el mayordomo del palacio episcopal de dicha ciudad; o con el organizado en Barbastro (Huesca) el 9 de junio de ese mismo año para apoyar la actuación de la minoría radical en el ayuntamiento, que trataba de demostrar que el antiguo convento de los Paules era propiedad municipal aunque estuviera usufructuado por el obispado ¹⁷.

Para el Partido Radical aragonés, el anticlericalismo no constituía tanto un elemento ideológico de cohesión con los demás partidos republicanos y obreros, cuanto un discurso sobre el que construir su hegemonía sobre ellos. Quizás por ello, el recurso al anticlericalismo no produjo todos los réditos electorales esperados. La derrota del Partido Radical en las elecciones municipales de finales de 1911 supuso que los republicanos perdieran la condición de grupo mayoritario que habían detentado durante ocho años en el ayuntamiento de la capital. No debió de ser ajeno a ello la división en que vivían las fuerzas republicanas aragonesas tras la separación de los radicales de la Conjunción Republicano-Socialista en diciembre de 1910.

1.2. *Otras formas de movilización anticlerical: manifestaciones, boicots y motines*

Junto a los mítines, las manifestaciones eran otra forma de movilización política a la que recurrieron los sectores anticlericales, aunque con mucha menor frecuencia. Podía ocurrir que la manifestación no tuviera una motivación directamente anticlerical, pero que las circunstancias coyunturales favorecieran su deriva en esa dirección. Así ocurrió

¹⁶ *La Correspondencia de Aragón* (Zaragoza), 8, 9 Y 11 de julio de 1910.

¹⁷ Resúmenes de los mítines en *La Correspondencia de Aragón*, 13 de octubre de 1910, 17 de junio de 1911, 11 de marzo de 1912 y 12 de junio de 1912 respectivamente.

en una manifestación estudiantil desarrollada en Zaragoza el 11 de febrero de 1901, un invierno marcado por los sucesos anticlericales en Madrid y en otras ciudades españolas: se escucharon mueras a la reacción y a los jesuitas, vivas a la libertad y a la República; y hubo un amago de dirigirse al convento de los jesuitas en actitud violenta.

De forma mucho más virulenta acabó la manifestación organizada por los republicanos en apoyo del gobernador civil de Zaragoza, el señor Avedillo, cuando se confirmó su traslado en enero de 1902. Defendían su continuidad en el cargo frente a los sectores conservadores y procatólicos de la ciudad que reclamaban su cese por la escasa eficacia demostrada en acabar con los desórdenes del Jubileo. Las iras de algunos manifestantes se cebaron sobre todo con el colegio de los jesuitas, que llegó a sufrir un conato de incendio ¹⁸.

En alguna ocasión las manifestaciones fueron más bien procesiones cívicas organizadas tras un entierro civil, como la que recorrió las calles de Zaragoza con motivo del funeral de Juan Pedro Barcelona, republicano federal y asiduo articulista anticlerical de *El Clamor Aragoneso* ¹⁹. Su celebración coincidía, quizás no por casualidad, con el auge del lerrouxismo en el republicanismo aragonés.

Durante el período de predominio radical, las manifestaciones anticlericales tuvieron una orientación política más evidente, como la ya reseñada de julio de 1910. Algunas constituyeron el colofón a mítines anticlericales convocados con el propósito de organizar el correspondiente partido radical local o provincial. Otras tuvieron un carácter de contramanifestación como la anunciada en Bellver de Cinca (Huesca) por liberales y republicanos contra el clericalismo, o como la impulsada por los liberales en Huesca frente a los actos religiosos auspiciados por la jerarquía católica para protestar por la política anticlerical de Canalejas ²⁰.

Esos actos religiosos o las manifestaciones católicas que se realizaron tras ellos a comienzos de octubre de 1910 recibieron distinta respuesta

¹⁸ *El Noticiero* (Zaragoza), 9 de enero de 1902. Sobre la manifestación anterior, *Heraldo de Aragón*, 12 de febrero de 1901.

¹⁹ *El Progreso*, 23 de octubre de 1906.

²⁰ *La Correspondencia de Aragón*, 31 de agosto de 1910 y 3 de octubre de 1910 respectivamente. Huesca es la única ciudad aragonesa, de la que tenemos noticia, donde los liberales organizaron alguna manifestación anticlerical; también participaron en la convocada en apoyo de la política de Canalejas el 14 de julio de 1910. Hay manifestaciones tras mítines anticlericales radicales en dos pueblos de Teruel, según *La Correspondencia de Aragón*, 23 y 24 de noviembre de 1910 y 7 de diciembre de 1910.

en otras localidades: el boicot. Si en Tobed (Zaragoza), por ejemplo, los vivos a la República o a Canalejas y los mueras al clericalismo perturbaron el culto, en Zaragoza la manifestación católica organizada tras una misa en el Pilar se desarrolló envuelta en incidentes: gritos, voces, amenazas, golpes, la Marsellesa y el Himno de la Peregrinación rivalizando entre sí, y finalmente enfrentamientos y carreras. En este caso los republicanos reventaron una manifestación de católicos que pretendían hacer llegar al gobernador civil un mensaje de protesta por la política religiosa del gobierno liberal ²¹.

Los republicanos intentaron boicotear también ceremonias religiosas a las que por su magnitud o su significado atribuían una intención clerical. La idea de que ese tipo de actos eran simples demostraciones del poder clerical, meras tácticas para llevar a cabo una guerra política bajo la apariencia de una actividad piadosa, constituía un lugar común del discurso anticlerical. De ahí que su objetivo fueran tanto las grandes manifestaciones públicas de culto, como aquellas otras que reflejaran claramente la simbiosis de lo religioso con lo civil. Así ocurrió en la peregrinación conmemorativa del Centenario de los Sitios, paralela a la Exposición Hispano-Francesa celebrada en Zaragoza en octubre de 1908. En la procesión del domingo 19, un pequeño grupo voceó algunos vivos cuando el prelado elevó la custodia para dar la bendición, y la confusión subsiguiente acabó con la intervención de la Guardia Civil. Entre los siete detenidos se encontraba un teniente de alcalde, el radical Angel Laborda, por lo que el republicanismo local anunció su intención de promover una manifestación para el domingo siguiente si para entonces no estaban todos en libertad ²².

Con todo, fueron las dos grandes manifestaciones públicas de culto de comienzos de siglo celebradas en Zaragoza las que captaron más intensamente la atención de los anticlericales: el Jubileo en julio de 1901 y la peregrinación con motivo de la coronación de la Virgen del Pilar en mayo de 1905. En ambos casos lo que comenzó siendo un intento de impedir la salida de procesiones por las calles derivó en situaciones de violencia, especialmente graves en 1901.

²¹ *El Nuticiero*, 3 de octubre de 1910, y *La Correspondencia de Aragón*, 3 y 5 de octubre de 1910.

²² *Heraldo de Aragón*, 21 de septiembre de 1908, y *El Noticiero*, 20 y 22 de septiembre de 1908. En 1904, unos individuos trataron de boicotear la inauguración del Monumento a los Mártires de la Religión y de la Patria en Zaragoza cantando la Marsellesa; *El Clamor Zaragozanu*, 27 de octubre de 1904.

Desde las páginas de *El Clamor Zaragozano* se llamaba a la población a «evitar el insulto» que suponía la procesión del Jubileo para una ciudad -decía- cuyas calles habían sido regadas en tantas ocasiones con sangre liberal. *El Noticiero*, periódico católico, se quejó de una circular anónima repartida entre la población que presentaba el acontecimiento como obra de un partido político²³. Los incidentes comenzaron el 17 de julio por la mañana, a la hora señalada para la salida de la procesión, cuando un grupo de gente comenzó a cantar la Marsellesa y a dar vivas a la libertad. Al ir arreciando las voces de los manifestantes, parece que el gobernador civil rogó al vicario capitular que se suspendiera; pero ya era tarde. Aunque los anticlericales no lograron impedir que saliera, la procesión se desarrolló en medio del mayor desbarajuste. Los vivas a la libertad y los mueras al jesuitismo se alternaron con enfrentamientos entre anticlericales y católicos, lluvias de piedras y abundantes disparos. Por la noche la violencia se dirigió contra varios conventos: aparte de gritos y cánticos, un grupo de manifestantes lanzó piedras, hizo algunos disparos, e intentó incendiar la puerta de un convento. La redacción de *El Noticiero* resultó seriamente dañada por una pedrea. Al día siguiente el seminario, el palacio arzobispal e incluso el Pilar se convirtieron también en objetivo de las piedras. A raíz de todo ello la autoridad eclesiástica canceló el resto de los oficios religiosos programados.

Aparte de las referencias a los vivas y mueras lanzados por los federales, no tenemos noticia directa de quiénes participaron en los incidentes. Pero *El Clamor Zaragozano*, el periódico republicano de la ciudad por entonces, se identificó plenamente con los acontecimientos, calificándolos de «lección dada a los clericales», tras lo cual invitaba a todos a la calma²⁴.

Es de suponer que los republicanos moderados no aprobaran lo sucedido. Sin embargo, habría que esperar a mayo de 1905 para ver su comportamiento ante la gran manifestación pública de culto que iba a tener lugar en la ciudad con motivo de la peregrinación y coronación de la Virgen del Pilar. Por entonces, el republicanismo se había reorganizado y unificado y eran ellos, los moderados, quienes controlaban la Unión Republicana en Aragón. Ya hemos mencionado que *El Progreso*,

²³ *El Noticiero*, 17 de julio de 1901, p. 1, «Libertad restringida». Las comillas proceden de *El Clamor Zaragozano*, 30 de junio de 1901, p. 1, «Al pueblo».

²⁴ Resumen de los hechos a partir de *Heraldo de Aragón*, 17, 18 Y 19 de julio de 1901, y *El Clamor Zaragozano*, 18 de julio de 1901 y el suplemento de ese día.

el órgano del partido en la región, insistía en la tolerancia en los días previos; pero este discurso no era del agrado de los republicanos más radicalmente anticlericales.

La violencia estalló el domingo 21. Por la mañana se habían distribuido por la ciudad unas hojas clandestinas excitando a los radicales a acudir a la plaza del Pilar para impedir que saliera de nuevo el rosario. Con ese objetivo se congregó allí a últimas horas de la tarde gran número de ciudadanos de ideas liberales según *El Progreso*. Cuando la tensión estalló, hubo carreras, altercados entre anticlericales y tradicionalistas y enfrentamientos con las fuerzas del orden, que se saldaron con la detención de varios individuos, entre ellos el presidente del casino republicano La Fraternidad, Joaquín Blasco. A pesar del apoyo del partido a los detenidos, la Junta Municipal de Unión Republicana publicó un manifiesto en el que se resaltaba la tolerancia como principio del programa republicano y se distanciaba de los actos violentos y de las personas que no ajustaran su conducta a dicho principio²⁵. Le importaba más destacar que el buen nombre de Zaragoza quedaba a salvo como ciudad liberal y tolerante, que recurrir al anticlericalismo como discurso populista, movilizador y cohesionador de todos los elementos progresistas de la localidad en torno a su política en el ayuntamiento.

Ya hemos mencionado cómo posteriormente los lerrouxistas, primero, y, sobre todo, el Partido Radical actuaron más en esa última dirección. Pero los radicales no vieron compensados sus esfuerzos movilizadores en las urnas. Con todo, y aunque la movilización anticlerical de la primera década del siglo se viera subordinada a los intereses políticos del republicanismo, contribuyó de forma sustancial a asentar una identidad anticlerical en destacados sectores de la sociedad aragonesa. Ésta fue la principal aportación de la movilización anticlerical de principios del XX²⁶.

Cuando desde 1914 el anticlericalismo quedó relegado del debate público, ese poso cultural no desapareció. Siguió vivo en los círculos republicanos y obreros revolucionarios y continuó arraigando como un elemento de la cultura política común de los sectores progresistas. La protesta anticlerical se exteriorizó en alguna ocasión, normalmente en

²⁵ *EL Progreso*, 23 y 24 de mayo de 1905, p. 1. *Heraldo de Aragón*, 22 de mayo de 1905, y *EL Noticiero*, 23 de mayo de 1905.

²⁶ J. DE LA CUEVA, «Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910», *AYER*, núm. 27, 1997, p. 125.

forma de boicots o perturbaciones de los actos de culto, aunque sin ninguna repercusión política. El asesinato del cardenal Soldevila, arzobispo de Zaragoza, el 4 de junio de 1923 recordó a todo el país que el anticlericalismo no había muerto y que contaba con un decidido militante, el anarquismo, que llegado el caso podía actuar de forma extremadamente radical.

2. Movilización anticlerical en la II República en Aragón: rivalidad por el espacio público y presión prolaicista en la calle

Con la llegada de la II República y el acceso de los sectores anticlericales al poder se presentó una nueva oportunidad para que la identidad anticlerical de un sector significativo de la población trascendiera de nuevo a la vida pública. El anticlericalismo ya no era un recurso de la movilización populista en manos del republicanismo. La oferta política progresista se había diversificado y había cuestiones candentes –v. gr. la reforma agraria– cuyo potencial movilizador parecía en principio mucho mayor. Además la identidad anticlerical era un elemento común a las culturas políticas de republicanos, socialistas y anarquistas. Los programas y clientelas de cada uno de ellos estaban mucho más definidos que a comienzos de siglo, lo que hacía difícil recurrir al anticlericalismo para movilizar el voto a costa de otros adversarios anticlericales. Aunque esto podía funcionar en las localidades pequeñas o medianas donde la oferta política progresista era más limitada, las peculiaridades de la movilización anticlerical en los años treinta en Aragón apuntan en otra dirección en cuanto a sus principales objetivos.

Las formas que adoptó la movilización anticlerical entre 1931 y 1936 pueden agruparse bajo las mismas categorías manejadas hasta ahora (mítines, manifestaciones, boicots y motines), pero las situaciones en que se manifestaron se multiplicaron y diversificaron. En Aragón en esos años hubo muchos menos mítines anticlericales que en la primera década, a juzgar por las referencias periodísticas. Aparte de algunas conferencias, los mítines de los que tenemos noticia se concentraron en Zaragoza en noviembre y diciembre de 1931 y en marzo de 1932. Sus principales promotores fueron la Juventud Republicana de Aragón y la Izquierda Republicana Anticlerical, de la que no volvemos a oír

más. Solían celebrarse en las sedes de esos grupos, bien en el centro de la ciudad, bien en los barrios obreros (San José, Las Fuentes, Casa Blanca) 27. No parece, pues, que sus organizadores aspiraran a convocar auditorios muy numerosos. Si en la primera década los mítines anticlericales habían tratado de movilizar al electorado en favor del proyecto republicano, quizás no resultaban tan necesarios cuando los republicanos habían alcanzado el poder. Eran una buena forma, sin embargo, de dejar constancia explícita de las aspiraciones anticlericales que informaban los distintos programas republicanos en competencia.

Por las fechas en que tuvieron lugar, su convocatoria no guardaba relación con las discusiones parlamentarias sobre los diferentes aspectos de la cuestión religiosa, salvo el mitin convocado en Teruel en junio de 1933 para explicar la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas recién aprobada. Por el contrario, sí resulta clara la coincidencia de algunos de esos actos con fechas religiosas significativas del calendario católico. Así en plena cuaresma de 1932 la Juventud Republicana convocó dos mítines prolaicismo y anunció una manifestación para el miércoles santo.

Se llegara a realizar o no dicha manifestación, quedaba patente la voluntad de los organizadores de rivalizar con el clero por el espacio público por excelencia, la calle, precisamente en los días en que era más palpable su ocupación por el culto católico. Las críticas que desde los medios anticlericales se hacían a la paralización del tráfico y de la vida de las ciudades, a causa de las múltiples procesiones y del recogimiento que exigía la práctica piadosa en Semana Santa, así lo dejaban entrever. En 1933 el aniversario de la proclamación de la República coincidió con el Viernes Santo. A pesar de ello en Monreal del Campo (Teruel) no dudaron en contravenir el espíritu de esas fechas religiosas y organizaron manifestaciones con música y toque de campanas incluido 28.

Una intención más desafiante demostraron los Jóvenes Bárbaros de Tarazona (Zaragoza) al solicitar autorización gubernativa para una

27 Los mítines de la Juventud Republicana son el 14 de noviembre de 1931 y el 6 y 10 de marzo de 1932 -*Heraldo de Aragón*, 17 de noviembre de 1931, 11 de marzo de 1932-; los de la IRA, el 3, 8 Y 20 de diciembre de 1931 -*República* (Zaragoza), 10 de diciembre de 1931, y *Cultura y Acción* (Zaragoza), 24 de diciembre de 1931-. Del mitin de Teruel que se menciona a continuación habla el *Heraldo de Aragón*, 17 de junio de 1933.

28 Archivo Diocesano de Zaragoza (ADZ), carta de 18 de abril de 1833, legajo «Cartas y documentos 1928-1933». La negativa del cura de Lonos, en el Bajo Aragón,

manifestación laica que pretendían realizar en Viernes Santo, a la hora de la procesión del Santo Entierro, para pedir la destitución del obispo ²⁹. Con ese ánimo tan provocador quizás sólo querían dejar constancia de su radicalismo anticlerical; o quizás aspiraban a despertar en la autoridad eclesiástica el suficiente temor ante la posibilidad de incidentes como para cancelar la procesión, aunque contara con la autorización oficial. Quedaba claro en cualquier caso el deseo de ese grupo de contrarrestar y de hacer frente al dominio católico de la calle.

En otras ocasiones las manifestaciones estuvieron relacionadas con la aplicación de las disposiciones anticlericales municipales o nacionales. Para conmemorar el aniversario de la expedición de Galán y García Hernández, se organizó en Ayerbe (Huesca) una manifestación en homenaje a los republicanos muertos, que secularizó el cementerio de la localidad. En la capital de la provincia, la manifestación a la tumba de ambos militares acabó con el derribo de la tapia del cementerio ³⁰. En ambos casos la acción anticlerical se adelantó a la aprobación de la Ley de Secularización de Cementerios a finales de enero de 1932.

La movilización anticlerical impulsó las actuaciones políticas anticlericales de la autoridad civil ³¹, en unos casos adelantándose a ellas, en otros coadyuvando a que se llevaran a efecto. Así en Caspe (Zaragoza) se organizó una manifestación de apoyo a la decisión del ayuntamiento de incautar el convento de los franciscanos por considerarlo propiedad municipal, a fin de ubicar en él un nuevo centro educativo. Tuvo carácter de contramanifestación frente a la organizada por los sectores católicos de la villa, opuestos a la medida. El asunto, uno de los más problemáticos en las relaciones entre el poder civil y el religioso en Aragón, generó una gran implicación popular y la movilización anticlerical consiguiente

a permitir el toque de campanas ese 14 de abril motivó insultos contra el sacerdote en alguna manifestación local.

²⁹ *El Noticiero*, 27 de marzo de 1932. La manifestación no fue autorizada, pero no hubo incidentes en la procesión.

³⁰ Referencia a ambos hechos en el *Heraldo de Aragón*, 15 de diciembre de 1931.

³¹ J. DE LA CUEVA, «Movilización anticlerical y laicismo en la República y la Guerra Civil», ponencia presentada al Encuentro *Laicismo y secularización en la España contemporánea* (Santander, noviembre de 2000, de próxima publicación). En las manifestaciones de Caspe referidas a continuación hubo vivas y mueras a los frailes, insultos y mucha tensión; *Heraldo de Aragón*, 5 de agosto de 1932, y *El Noticiero*, 2-9 de agosto de 1932.

contribuyó a que se hiciera efectiva la disposición del ayuntamiento presidido por un radical-socialista.

La rivalidad hacia el clero que transmitían algunos mítines y manifestaciones se hizo palpable, sobre todo, en el boicot de actos religiosos durante la 11 República. En esos años su número aumentó de forma espectacular con respecto a la primera década del siglo y afectó especialmente a las procesiones, principal manifestación pública de culto. Una veces se frustraba su salida del templo, otras se obstaculizaba su curso y otras se impedía que la procesión se saltara el itinerario marcado por la autoridad civil. En estas situaciones era normal que la tensión generada por el boicot abocara a incidentes y enfrentamientos, situaciones de violencia que podían llegar al amotinamiento. Los incidentes más graves se produjeron en Villanueva de Huerva (Zaragoza) durante las fiestas patronales de febrero de 1935. El ayuntamiento había ordenado que en la procesión del rosario tocara la banda de música, costeada con fondos municipales. Una parte de los vecinos consideró que ese hecho vulneraba la separación Iglesia-Estado, por lo que se concentraron en la plaza de la iglesia para impedir que la música acompañara la procesión. Al salirles al paso la Guardia Civil, se produjeron duros enfrentamientos que acabaron con cinco heridos y doce detenidos ³².

Como el artículo 27 de la Constitución establecía que las manifestaciones públicas de culto habían de ser autorizadas por el gobierno, las procesiones se convirtieron en un importante punto de conflicto entre los anticlericales y los partidarios de mantener las ceremonias religiosas según los cánones tradicionales. Si éstos cuestionaban la competencia del poder civil para reglamentar las manifestaciones públicas de culto por considerar que se vulneraban sus derechos como católicos, los sectores anticlericales más radicales se oponían a que en un país laico el espacio público fuera ocupado por actos religiosos. Su movilización pretendió apremiar las decisiones de la autoridad civil para que redujera a su mínima expresión dichas manifestaciones de culto, para que la laicización abarcara de forma radical a la sociedad. En este sentido se pueden interpretar los esfuerzos de algunos sectores anticlericales más extremos para evitar que el cura fuera revestido por la calle cuando llevaba los últimos sacramentos.

³² *Heraldo de Aragón*, 5 de febrero de 1935. Boicots diversos a procesiones en Valjunquera (Temel), Huesca y Bolea (Huesca), Osera de Ebro, Cariñena, Samper del Salz, Zaragoza, Quinto, Zuera y Almonacid de la Cuba (Zaragoza).

Idéntica rivalidad por el «dominio simbólico del espacio público» se reflejó en los esfuerzos por quitar las colgaduras con alusiones a Cristo Rey que solían ondear en los balcones durante la festividad del Sagrado Corazón. La fecha resultaba especialmente odiosa para los anticlericales por la exaltación que se hacía del símbolo de los jesuitas, el corazón de Jesús, y por sus vinculaciones con el régimen monárquico anterior. Aunque no se autorizaran las procesiones correspondientes, esas colgaduras se convirtieron en fuente de numerosas alteraciones del orden, por lo que algunas autoridades optaron por prohibir su colocación³³.

Muchas cruces de piedra, hornacinas con imágenes u otros símbolos colocados en caminos, calles y plazas fueron destruidos. Era otra forma de manifestar la rivalidad por el dominio simbólico del espacio público, aunque desde una perspectiva antropológica habría que resaltar también la intención de sus autores por demostrar la impotencia sobrenatural de la Iglesia frente a los ataques a los símbolos divinos³⁴.

Por último, hay que recordar que el boicot se dirigió también contra los mismos actos religiosos. Unas veces se expresaba simbólicamente optando por las ceremonias civiles, lo que conllevaba un rechazo implícito de las formas católicas de celebrar los ritos de paso. En los años treinta, los miembros de algunos centros republicanos, como el de Luco de Bordón (Teruel), u obreros, como el socialista de Monroyo (Teruel), acordaron hacerlo todo por lo civil³⁵. Aunque fueran decisiones individuales, las fiestas o encuentros que se celebraban en el centro republicano u obrero correspondiente tras las ceremonias civiles movilizaban a familiares y correligionarios para festejar su triunfo sobre el adversario clerical, igual que habían hecho durante la primera década del siglo.

³³ Así lo hizo el gobernador civil de Teruel, según *El Noticiero*, 9 de julio de 1933. La expresión entrecomillada es de J. DE LA CUEVA, «Movilización política e identidad anticlerical, 1898-1910», *AYER*, núm. 27, 1997, p. 116.

³⁴ Argumento tomado de B. LINCOLN, que lo desarrolla para la época de la guerra civil en «Exhumaciones revolucionarias en España, julio de 1936», *Historia Social*, núm. 35, 1999, pp. 101-118. Destrucción de imágenes y otros símbolos religiosos en Peralta de la Sal (Huesca), Valderrobres, Rafade, Parras de Martín, La Fresneda (Teruel), Leciñena, Carenas, Alfajarín (Zaragoza), etc.

³⁵ Cartas del cura de Luco de 1 de noviembre de 1932 y 28 de julio de 1933, en ADZ, legajo «Cartas y documentos 1928-1933»; carta del cura de Momoyo de 23 de agosto de 1935, en ADZ, legajo «Interesantísimos documentos República-Guerra-Posteriores. Año 1900-1940», carpeta 17. *Vida Nueva* (Zaragoza), órgano socialista, era el que con más constancia recogía noticias de ceremonias civiles entre sus militantes o simpatizantes.

En otras ocasiones el boicot fue menos simbólico y afectó a las ceremonias que se celebraban en el interior de los templos. Aparte de insultos al cura en el ejercicio de sus funciones religiosas o a los fieles que acudían a la iglesia, los actos de culto se vieron perturbados en numerosas ocasiones tanto en las ciudades como en pequeñas localidades. En Libros (Teruel) un grupo de individuos organizaron un baile a la puerta de la iglesia durante la misa en honor de la Virgen del Pilar; el enfrentamiento físico llegó cuando por la tarde algunos católicos pretendieron entrar en el baile que se organizaba en el centro republicano. En Cinco Olivas (Zaragoza) se entonaban cánticos revolucionarios durante las misas de los días festivos en la primavera del 36³⁶. Aparte de referencias indirectas y fragmentadas como las anteriores, no tenemos noticias concretas de quiénes animaban ese tipo de acciones. Pero la dispersión geográfica de los hechos refleja que en los años treinta la movilización anticlerical llegó al mundo rural, incluso a los pequeños pueblos.

Hemos visto cómo algunas manifestaciones y boicots a los actos de culto desembocaban en violencia. En determinadas circunstancias y conflictos la implicación popular podía acabar en tumultos y motines. Uno de los sucesos más graves se produjo en Alcorisa (Teruel) en octubre de 1931, cuando el pueblo se amotinó creyendo que iban a reinstalarse en la localidad los frailes paúles, que habían abandonado el convento en mayo de 1931 por temor a que se reprodujeran allí los sucesos anticlericales de ese mes³⁷. El motín que alcanzó mayor repercusión nacional tuvo lugar en Barbastro (Huesca) a comienzos de agosto de 1933, cuando expiró el plazo que el ayuntamiento había dado al Cabildo para que le entregara el antiguo convento de los paúles, considerado por el consistorio propiedad municipal, aunque usufructuado por la Iglesia. Ante la resistencia del Cabildo a hacer efectivo el acuerdo municipal, la muchedumbre concentrada frente al edificio, por entonces seminario, acabó asaltándolo. Sólo lo abandonaron cuando el alcalde les aseguró que el ayuntamiento tomaba posesión del seminario para

³⁶ Respectivamente *Heraldo de Aragón*, 13 de octubre de 1932, y *Relación de hechos ocurridos con motivo de la guerra determinada por el levantamiento cívico-militar de 18 de julio de 1936*, Diócesis de Zaragoza, 1938, vol. 1, folio 164.

³⁷ La protesta alcanzó caracteres violentos y el tiroteo de la Guardia Civil se saldó con un muerto y un herido; véase *Heraldo de Aragón*, 9 de octubre de 1932, y *República* (Teruel), 8 de octubre de 1931.

ponerlo a disposición del pueblo³⁸. En este caso la movilización anticlerical de un sector de la población garantizó el cumplimiento de los acuerdos municipales.

Ninguno de esos edificios, considerados propiedad municipal, se vio afectado por la violencia anticlerical. Muchas ermitas e iglesias no corrieron la misma suerte. A veces se destruían sus altares e imágenes, a veces se incendiaban sus puertas o se colocaban bombas o petardos. Algunos de estos sucesos se concentraron en los estallidos revolucionarios anarquistas de enero de 1932 (Zaragoza) y de diciembre de 1933 (Zaragoza y Calatayud), aunque nunca alcanzaron la gravedad de los vividos en Asturias en octubre de 1934.

La violencia anticlerical no sólo se manifestó en determinadas solemnidad religiosas, o frente a resistencias eclesiásticas a las decisiones del poder civil, o aprovechando movimientos revolucionarios. También lo hizo con motivo de reuniones y mítines de afirmación católica, principalmente de orientación tradicionalista. Alcanzó mayor virulencia a medida que se fue consolidando la reconstrucción política de la derecha, ya que ésta apeló a valores, asociaciones y actos que enarbolaban la bandera del catolicismo y de la Iglesia supuestamente perseguidos por el régimen republicano. En Letux (Zaragoza) el enfrentamiento entre republicanos y socialistas, liderados por el alcalde, y los tradicionalistas, encabezados por el párroco, acabó con la muerte del primero. Menos trágicos, aunque graves, fueron los incidentes que se produjeron en Zaragoza a finales de junio de 1933 con ocasión de un mitin tradicionalista. Como culminación de los sucesos, la valla de madera del convento de los capuchinos empezó a arder al final del día³⁹.

3. De la primera década del siglo xx a la 11 República: cambios en la movilización anticlerical en Aragón

En conclusión, la movilización anticlerical en Aragón durante la 11 República dejó de ser eminentemente urbana y se extendió también

³⁸ El asunto ya fue movilizado en 1912 por la minoría radical del ayuntamiento. Véase Ma P. SALOMÓN, "Conflictividad e identidad anticlerical en el Somontano barbastrense del primer tercio del siglo xx», *Actas del XI Congreso de Historia Local de Aragón*, 2001, en prensa.

³⁹ *Heraldo de Aragón y El Noticiero*, 27 de junio de 1933. Lo de Letux en el *Heraldo de Aragón*, 20 de agosto de 1932.

al mundo rural, incluso a las pequeñas localidades. No tenemos referencia de grupos u organizaciones específicamente anticlericales, salvo la mencionada Izquierda Republicana Anticlerical, al parecer de corta vida. Como a comienzos de siglo, la movilización anticlerical estaba vinculada a sectores del republicanismo; pero su hegemonía ya no era tan manifiesta, pues tanto socialistas como anarquistas, mucho más organizados y numerosos que en la primera década y con clientelas y programas más definidos, participaron activamente en la movilización anticlerical.

Ésta no estuvo, en consecuencia, tan subordinada a los intereses políticos del republicanismo como a comienzos de siglo. Dependía menos de la evolución de uno u otro partido republicano, porque el anticlericalismo estaba indisolublemente unido a una cultura política común a republicanos, socialistas y anarquistas. Era difícil, pues, recurrir a él para competir por la clientela entre ellos, a no ser que lo esgrimieran de forma populista para contrarrestar su derechización, como hizo el Partido Radical. Quizás por ello hubo muchos menos mítines anticlericales en los años treinta y se realizaron en locales de aforo limitado.

Hay una continuidad evidente en las formas de movilización anticlerical entre los dos períodos analizados, aunque destaca la mayor diversidad de situaciones en que aquellas se manifestaron en los años treinta. Disminuyó el número de mítines y manifestaciones, y fueron mucho más frecuentes los boicots, motines y acciones violentas de diverso tipo, en especial contra imágenes, edificios y símbolos religiosos. Fue, por tanto, una movilización predominantemente confrontacional y violenta. A diferencia de la de principios de siglo, guardó menos relación con campañas políticas o debates parlamentarios sobre la cuestión religiosa' y estuvo más ligada a la celebración de fechas religiosas significativas, a la aplicación local de medidas anticlericales o a algún estallido revolucionario anarquista.

Impulsó las actuaciones anticlericales del poder en la esfera local, bien adelantándose a la legislación nacional, bien asegurando que los acuerdos municipales se llevaran a efecto frente a las resistencias eclesíásticas o de los sectores procatólicos. La movilización anticlerical pretendía hacer efectiva, aunque fuera a la fuerza, la superioridad de la autoridad civil sobre la religiosa en un estado laico en el que ambos poderes estaban ya separados. Aspiraba a convertir en realidad el ideal de una República laica en la que la laicización se manifestara tanto en el Estado y en sus instituciones como en la vida social. Dicha

aspiración se simbolizó en la pugna por el dominio del espacio público, en especial la calle, que protagonizaron los sectores anticlericales radicales. Para muchos de ellos no bastaba con que las procesiones y actos públicos de culto requirieran autorización del poder civil para celebrarse; desde su punto de vista, el espacio público en un país laico debía estar libre de dichas manifestaciones, incluso de símbolos religiosos.

Como en la primera década del siglo, muchos anticlericales expresaron su rivalidad con el clero con ceremonias civiles y cuestionando costumbres y ritos católicos (v. gro el duelo o el ayuno de la Semana Santa). Esas actitudes se plasmaron en formas de sociabilidad (v. gr. bailes y banquetes para comer carne en esas fechas) que alentaban la movilización anticlerical en la medida que integraban a los participantes en una comunidad identificada por una cultura y unas prácticas vitales laicistas.

Las aspiraciones secularizadoras del movimiento anticlerical, fuente de rivalidad con el clero, se habían subordinado durante la primera década a las necesidades políticas más inmediatas del republicanismo que trataba de movilizar al electorado en su favor. En los años treinta, la situación era bien distinta. El poder estaba en manos de los grupos políticos que defendían postulados laicistas, y ese hecho estimulaba la movilización anticlerical: era una oportunidad política para presionar a las autoridades republicanas en favor de la legalización y aplicación práctica de dichos postulados. Por eso la movilización anticlerical sería más notoria en el primer bienio que en el segundo.